

CIEN AÑOS AL CUIDADO DEL PATRIMONIO¹

Flora Ovares

La Biblioteca Nacional está llena de escondrijos, lugares vedados a la vista del público. En uno de ellos funciona, fiel a una tradición centenaria, el Taller de Restauración y Encuadernación.

Con infinita paciencia y cuidado, los restauradores limpian las páginas amarillentas para que recuperen su color original y permitan una mejor lectura, recomponen periódicos y libros, arrebatan a los insectos y la humedad los viejos folios que guardan el patrimonio cultural del país.

La tarea es inmensa: entre otros documentos, gran parte de la colección de periódicos costarricenses del siglo XIX, única en el mundo, espera la restauración. Las herramientas son muy antiguas, lo que retrasa la labor. Además, los encargados son pocos, cinco funcionarios que deben velar por el patrimonio de la Nacional y el resto del acervo del Sistema Nacional de Bibliotecas.

Una lucha constante

La necesidad de contar con un taller de restauración y encuadernación se hacía sentir ya por 1890, a dos años de creada la Biblioteca Nacional. Según reza un informe de esos años, ésta contaba con òcentenares (de) volúmenes que pudiera entregar al tallerö y lo mismo sucedía con las bibliotecas de Alajuela, Cartago y Heredia. Un buen número de libros, õobras a la rústica, folletos y periódicosö, producto de suscripciones y canjes, debía ser encuadernado rápidamente para evitar su deterioro.

El Taller de Restauración y Encuadernación se estableció por fin en junio de 1908. Para hacerlo, se tomaron implementos tipográficos de la Imprenta Nacional. Inicialmente se dedicó sobre todo a la encuadernación, como indica el *Boletín Bibliográfico de la Biblioteca Nacional*, que da cuenta de sus tareas desde 1920.

En la actualidad, la encuadernación se requiere sobre todo en las bibliotecas públicas, mientras que la restauración y la conservación son imprescindibles en la Nacional, donde se custodia la mayoría de los documentos patrimoniales del país.

Diagnóstico y curación

En palabras del restaurador Luis Fernando Gutiérrez, quien realiza esta labor desde hace treinta años, el documento es como un paciente que llega a un centro hospitalario. Una vez ingresado, se diagnostica y se valoran los daños causados por diversos agentes de deterioro: físicos, como la humedad, la temperatura y la luz solar o artificial; biológicos, como los roedores y los insectos; químicos, presentes en la materia de fabricación del papel, como los ácidos.

Otro agente de deterioro importante es el uso irracional del documento, que en ocasiones, por ignorancia del usuario o los encargados, se expone a un proceso de fotocopiado excesivo o se manipula inadecuadamente.

Cada proceso es diferente, de acuerdo con las necesidades del documento. Primero, hay que eliminar las cintas adhesivas, las grapas y las uniones entre las partes. En ocasiones, es inexcusable la fumigación. Si es preciso, se hidrata el papel y, a veces, se lava con agua y jabón neutro; se eliminan las manchas, se refuerza el papel con cartabones, se restituyen las partes faltantes, se fortalecen las costuras originales. Finalmente, se le agregan las guardas y se empastan.

¹ Artículo publicado en *Áncora, La nación* (San José, 4 octubre 2008).

Para realizar esas tareas, el Taller cuenta con herramientas tales como espátulas eléctricas, bisturís y pinceles y con materiales especiales, como el papel libre de ácidos y ciertos aditivos. También posee cizallas, guillotinas, prensas y estampadoras para la encuadernación.

Actualmente, todo el proceso se efectúa manualmente. Si bien el trabajo es muy artesanal y delicado, no es posible continuar sólo con este tipo de procedimiento, ya que existen máquinas y herramientas modernas que permiten un mayor rendimiento. Para el año entrante, se espera contar con equipos que agilicen y mecanicen parcialmente el proceso. Se adquirirá una reintegradora de papel, un hidratador de pulpa y piletas de acero inoxidable para aumentar la capacidad de lavado, hidratación y blanqueo de los documentos.

Con estas innovaciones se agilizará el proceso y el rendimiento será al menos diez veces mayor que el actual: ¿Y nos hace falta. Podríamos pasar quinientos años aquí y no terminaríamos el trabajo, indica Gutiérrez. Efectivamente, en esta labor delicada, nada se puede apresurar, no se debe olvidar ningún paso y todo debe hacerse pausada y concienzudamente.

Los tesoros patrimoniales

La Biblioteca Nacional posee un patrimonio bibliográfico invaluable: la más importante colección de periódicos costarricenses desde 1833, las primeras ediciones de autores nacionales, documentos coloniales y amplias donaciones de libros antiguos de diferentes países. Entre otras, hay una colección de Biblias en diferentes ediciones y tamaños, otra de *Quijotes* desde 1800 y varias de las actas de la Corte de Cádiz.

Muchos de esos libros y documentos se deshacen en las manos del usuario y requieren de una restauración inmediata. En ocasiones, sin la restauración previa del documento no es posible, por ejemplo, digitalizarlo. Es imprescindible, para apoyarse efectivamente en estas nuevas formas de difusión y conservación, mantener el original en el mejor estado posible, explica el restaurador.

Al igual que Gutiérrez, el resto de sus compañeros del Taller, están concientes de su responsabilidad: resguardar el tesoro legado por las generaciones precedentes y preservarlo para el futuro.

Por eso, otra preocupación es la de contar con un recinto adecuado para depositar los libros y documentos valiosos. Afortunadamente, ya se están tomando medidas en ese sentido. Por ejemplo, se inició la construcción de una sala de libros antiguos, que poseerá las condiciones de temperatura, luz y humedad requeridas. También contará con alarmas y otras medidas de seguridad y será atendido por un personal especializado.

Hay estarán, ya restaurados por estos cinco incansables trabajadores, los documentos más valiosos del patrimonio cultural del país, como el *Libro Azul*, la revista *Pandemonium* y el original mecanografiado de *Mamita Yunai*, de Carlos Luis Fallas. Se resguardarán también valiosísimos textos antiguos, como el titulado *Al Rey nuestro señor*, que data de 1735 y que fue igualmente restaurado en el Taller.

Así la Biblioteca continuará siendo, como decía Miguel Obregón Lizano, su fundador, el centro más rico que poseemos, la portada o muestra de lo que somos en lo intelectual. Función que no podría cumplir sin esa labor, casi de orfebres, que recuerda el quehacer de los copistas e ilustradores medievales, con sus cuernos con tinta y oro, sus plumas y sus atriles. Porque unos y otros, aquellos copistas y los actuales restauradores, son los responsables de ese trabajo anónimo, delicado e imprescindible para la conservación de la memoria de los seres humanos.